

**DE BLANCO Y ORO**

De blanco y oro sale al campo el equipo de mis sueños, legítimo sucesor de otros que iban de blanco y azabache, de blanco y carmesí – color heredado de la pobre y espiritual tierra de Castilla-, y el campo irrumpe en ovaciones, vítores y bocinas que vuelven sordos los oídos y elevan las emociones por encima de esa sordera. Sobre un campo verde, un prado en Chamartín, campan los toreros nuevos del Madrid con la historia sobre sus espaldas y la responsabilidad de emularla..., o mejorarla con el juego que emana de sus botas como fuente cantora y borbollante.

Una épica historia de sueños cumplidos, casi todos, y de nobles espíritus henchidos cada tarde en este barrio de Madrid. Pequeñas cosas que suceden en las ciudades cosmopolitas, pero que trascienden al orbe entero si el enésimo gol de Ronaldo - o la cabalgada perfecta de Bale - hacen del momento un “youtube” único para los ojos que sueñan en la lejanía con aquello que nosotros hemos tocado con los dedos. Un sueño aquí, hecho realidad. Algo de lo que habla el mundo entero al poco de ocurrir.

Merchandasing omnipresente que hunde sus raíces en un toque de balón perdido en el tiempo, enterrando cuberterías, camisetas, platos, vasos y delantales de hoy, en todos los idiomas conocidos, en algo tan intrascendente como un balón circulando por el césped.... Pero no de cualquier manera..., y ese es el truco. El balón, en los pies artesanos de los jugadores del Madrid, ha transitado de pierna en pierna alcanzando la red como las estrellas del firmamento en verano: de forma atrevida, eficaz y sorprendete. Así, lo pequeño se hace trascendente y extraordinario lo corriente en las tardes del viejo Bernabeu que jura renovarse por enésima vez.

Me recreo dos minutos como aquel niño que escuchaba historias de Gento, Di Stefano y Amancio; Puskas y otros heroes de antaño que mi padre, proceloso, relataba de cuando el campo tenía por nombre Chamartín. Entonces, estar de pie y apoyado en una barra con un puro entre los dedos, o en los labios, era algo más que un acto de fe; era una comunión perfecta de los domingos por la tarde con aquellos amigos circunstanciales que ayudaban a olvidar las penurias de una postguerra y un desarrollo que se truncó cuando prometía acabar con la pobreza secular de un país.

Los ojos encendidos de mi padre relatando la épica final contra el Eintracht de Frankfurt que él escuchara en una radio de madera rodeado de los hombres de la familia. Que entonces, a las mujeres el fútbol solo les valía si alguien, al final, resultaba más amable y menos exigente con las cosas de la vida. Mi madre aseguraba que el Madrid había dado mucha paz a la familia porque las tardes del domingo mi padre se iba y podía descansar y, al regresar, lo hacía divertido, locuaz y ocurrente.... ¿O era ella que estaba descansada? Cosas de otros tiempos, quizás sencillos, en que los hombres y las mujeres lidiaban en mundos diferentes.

La mirada curiosa de aquel niño que fui, me condujo a recuerdos halagüeños bajo los brazos de mi padre y caminando al partido del domingo como dos camaradas que discuten sobre lo lento que era Del Bosque, los disparos tensos de un tal Cunningham o las artes bandoleras de Juanito con trapío y seriedad.

- ¿Lento Del Bosque, papá?, ¡qué dices! Si es el más técnico de todo el equipo.
- Bah, muy lento, muy lento, hijo. El balón debe correr a las bandas y dejarse de tanto toque y tanta monserga.

Así desgranábamos, uno a uno, aquellos jugadores que hicieron fértil el campo de las afueras de Madrid; campo que fue absorbido, con el tiempo, por el hormigón de una ciudad hambrienta y cuya ambición terrena carece de fin. Generaciones de conversaciones sobre Benito, Camacho o Pirri tejieron una relación imperecedera con mi padre. Un lazo de amistad y camaradería orlada de discusiones irrepetibles y efímeras que nos unieron para siempre en una mirada cómplice. Unos lazos que, ahora, nos atan poco a poco - discusión a discusión - a mis hijos y sus nietos. Una

mordedura de hilo nos conduce al taconazo de Redondo en Inglaterra cuando los sables del Manchester hablaban de rematar al Madrid, genialidad que dejó tendido un pase de la muerte a Raúl y un hito en la historia, pues volvía el Madrid por donde debía. Tras mi charla, mis hijos hicieron una cambiada dirigiéndose a su abuelo, a mi padre.

- Bale va a ser mejor que Ronaldo, ya verás, abuelo.
- No digas disparates, tras Di Stefano, solo Ronaldo le hace sombra, Tomás. Tú eres muy pequeño y no sabes “na de na” todavía.

Recuerdos en un campo de sueños que siempre ha sido un coso con tendido del siete en sus gradas, un tendido que esperaba a que los primeros toques del equipo les invitaran al aplauso o a los pitos, al modo aprendido de los toros. Los del Siete aprecian bien si el torero del Madrid se arrima al toro o elaboran una faena de aliño nada más, toreando por el pico y a resolver con la espada. No ha sido nunca esta afición, una afición que consienta a los genios quedar dormidos en los laureles de su genialidad, y empuja con silencios atronadores y castiga con pitos ensordecedores cuando un jugador le gusta pero no se arrima como debería en cada jugada al toro de la gloria.

- Si al Madrid, hijo, no le cuesta más jugar aquí que fuera, vamos mal. ¿No ves que se acomodan al triunfo fácil y luego salen a por uvas?

Teorías de mi padre y su particular sentido del Tendido del Siete. Formas de ver el fútbol que disfruta corrigiendo, comentando y participando como pocos en un partido. Tiempos de antaño que ya no son, o que siempre han sido de alguna manera. Tiempos que vieron correr la banda con las calzas bajas a Gordillo y sus centros imaginativos e imposibles, y a Michel con sus centros medidos y precisos; al Macho con su casta y osadía haciendo goles por derecho y de frente y al Buitre, tímido y reservado, hasta que un cambio de ritmo memorable lo ponía frente al portero y hacía un gol imposible que entraba como una estampa, mientras él escapaba como pidiendo perdón por lo que había hecho. Tiempos de goles y sueños, fútbol de contradicciones.

- Nadie tiene más trofeos que el Madrid, hijo, porque silbamos a los buenos para que sean mejores y a los mejores para que recuerden que el Madrid los eleva al olimpo de los dioses, pero ellos son mortales. Solo el Madrid es eterno.

Otra soflama de mi padre que sigue a mi lado antes de empezar cada partido, sin apenas vista, escucha al estadio para saber cómo ha sido el pase al hueco y, si ha bregado el delantero que perdió el balón. Todo se perdona si acude una y otra vez al balón que se ha perdido.

- ¿Recuerdas, papá, aquellos veinte minutos de Guti contra el Sevilla?
- Vaya que si lo recuerdo. A ese le silbé yo más que nadie, y sus pases por el centro no los he vuelto a ver, hijo... ¡Vaya pases con mirada al tendido que dejaba tendidos!

Así es este equipo y su público, hecho a ganar, quiere arte. Quiere toros en el estadio y toreros que se vistan de blanco y lo que sea, para devolver las ilusiones que tuvimos cuando niños, al menos durante los primeros cinco minutos del partido. Luego, ya veríamos si silbábamos o aplaudíamos, si disfrutábamos o sufríamos. Pero los primeros minutos son la gloria de la historia hecha arte.

Un último recuerdo antes de sufrir en el partido, nos conduce desde el aguanís de Raúl a la imposible volea de Zidane para ganar la última, por ahora, de nuestro trofeo más querido. Esta última jugada es la explicación del fútbol como apoteosis de la locura, como cénit de lo absurdo y lo perfecto. Nadie como Zizou para hacer verosímil un renglón torcido de Roberto Carlos, ¿quién como él para esa carrera de fuerza por un extremo?. Pero su centro era un churro, un churro tan perfecto que cayó como del cielo para soltar el zapatazo memorable que otorgó al equipo de mis

sueños el noveno trofeo de las descosidas orejas, como era antes.

Comprendí, entonces, que Dios era del Madrid cuando, tras recoger ese balón de Roberto Carlos, lo dejó caer mansamente sobre el empeine de Zinedine y adiviné que “ Los renglones torcidos de Dios” - aquella novela memorable – hablaba también de ese gol que Dios arregló de aquel renglón torcido de Roberto Carlos.

Así es el Madrid, algo menor si lo comparamos con la vida entera; pero en este mundo perdido resulta, al final, que trasmite emoción y da felicidad. Antes, solo, los domingos por la tarde; y ahora, a todas horas. Pues en China tienen también derecho a que alguien les cuente porqué en Chamartín hay un Jardín de la Leyenda donde el fútbol se confunde con el arte y un graderío que se hace tendido del siete cada tarde que juega el Real Madrid.

De blanco y oro salen al coso los jugadores del Madrid, herederos del mejor fútbol de todos los tiempos y acreedores del talento que les hace ser el mejor equipo del futuro. Ya no se fuman puros como antaño dentro del estadio, pero llegado el minuto siete, una voz comienza con el canto a los héroes del pasado, a los caídos por la patria madridista; un canto que es un aviso a navegantes y que señala que no basta con ganar y ser los mejores, que si pierde esta noche el Madrid.... todo se perdona si hay arte.

– ¡¡¡¡Illa, Illa, Illa...., Juanito Maravilla!!!!

Un eco de voces que resuena en el campo devolviendo sueños infantiles de cuando un gol era como la emoción de encontrar un Reino de Narnia tras las puertas de un armario... De blanco virginal e inmaculado oro entran en el campo los caballeros armados del Real Madrid. Volveremos a revivir los sueños otra vez en el Santiago Bernabeu. Sueños que se han de transmitir de generación en generación.